

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

- | | |
|--------------------------------------|----------------------------------|
| 1. ^{er} CUADRO: Margarita. | 5. ° CUADRO: Frai Anjelo. |
| 2. ° CUADRO: El verdugo de Varsovia. | 6. ° CUADRO: El torreón de Wola. |
| 3. ^{er} CUADRO: Kosciusko. | 7. ° CUADRO: ¡Adios Polonia! |
| 4. ° CUADRO: Estanislao Poniatowski. | 8. ° CUADRO: Macejowice. |

PERSONAJES.

- | | |
|---|---------------------|
| María, esposa de Huberto. | Edgardo Niemcewicz. |
| Margarita, su hija. | Rauntenfeld. |
| Estanislao Poniatowski, rei. | Frai Anjelo. |
| Nicolas Reppin, procónsul ruso. | Manzour. |
| Huberto Czartoryiski. | Petrouchka. |
| Tadeo Kosciusko. | Tchitchikoff. |
| Soldados polacos, oficiales i soldados rusos. | |

La accion tiene lugar, los tres primeros actos, en Varsovia i el 4.° en Macejowice.—8 a 10 de octubre de 1794.

A MIS HERMANOS EMILIO, LUIS I TOMAS, JUNTO CON EL CARIÑO DE SU AFECTÍSIMO HERMANO,

Ruperto.

ACTO I.

CUADRO PRIMERO.

MARGARITA.

El teatro representa una sala en casa de Huberto.—Es de noche; sobre la mesa una lámpara.

inocentes. Pero ¿qué, señor, permaneceis mudo?... ¿no contestais?... ¿acaso no tenéis hijos también vos?... ¿acaso no habéis amado nunca?... ¿no habéis tenido un padre i una madre como yo?...

REP. (A *Rauntfeld*.) Partid, capitán, partid.

HUBER. Margarita, esposa mía, venid ámbas, aquí, junto a mi corazón; dejad que os estreche contra mi pecho: es preciso tener valor; corto será nuestro sufrimiento; algunas horas más... i el ángel de Polonia habrá ceñido nuestras sienes con la inmarsecible corona de los mártires.

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)

UN SOLDADO COMO POCOS.

(EPISODIO DE LA CONQUISTA.)

I.

Terminaba el año de 1583.

La porfiada guerra contra los araucanos, que tanta sangre había costado ya a los españoles, volvía a encenderse después de una breve tregua, solicitada por ámbos combatientes para reparar sus pérdidas, áprovisionar sus campos, rehacer sus huestes i aperebirse para una nueva lucha.

Los indios, señores de los fértiles territorios comprendidos al sur de Valdivia, no cedían un solo palmo de terreno a los invasores, sino al precio de torrentes de sangre derramada por unos i otros en los campos de batalla.

Los españoles, por su parte, acostumbrados al triunfo, no lidiaban con ménos bríos i tenacidad, resueltos como estaban a apoderarse de toda la tierra, asegurando para siempre en ella el dominio de la corona de España.

La guerra era, pues, lo que tenia que ser necesariamente: larga i encarnizada.

Sin embargo del estado belicoso de los naturales, la ciudad de Valdivia i sus alrededores permanecian sosegados.

Los indios que habitaban ese punto del territorio se habian sometido en parte a las armas españolas i los demas, abandonando sus hogares, habian ido a juntarse con sus compañeros para defender en comun el suelo de la patria.

II.

La ciudad de Valdivia era entónces una pequeña aldea, edificada de prisa i guarnecida en su parte exterior de fosos i palizadas, como una plaza de guerra.

Custodiábala don Luis de Sotomayor, hermano de don Alonso, el gobernador, con una reducida fuerza de soldados españoles.

III.

Serian las ocho de la mañana de un hermoso dia de noviembre.

Los campos estaban cubiertos de verduras i de flores.

A lo léjos se dibujaban los suaves perfiles de las montañas sobre el diáfano azul de los cielos.

En la naciente poblacion se notaba un movimiento inusitado.

Los hombres i las mujeres discurrían por las calles, los soldados aprestaban sus armas i sus cabalgaduras i los *yanacunas* acarreaban grandes canastos de víveres.

Era fácil comprender que alguna novedad ajitaba en aquellos momentos a los moradores de Valdivia.

Entre las personas que se agolpaban a las puertas de la posada de don Luis de Sotomayor, era de notarse un soldado de aventajada estatura, jóven i bizarro, que iba armado hasta los dientes.

No habia mas que mirarle para comprender que aquel hombre era de la raza de los conquistadores, valiente, intrépido i atrevido; de aquellos cuya fortuna está siempre en la punta de la espada.

Llamábase, porque aunque soldado era hidalgo i bien nacido, don Cristóbal de Morales; i era tenido como "uno de los mas famosos de todo Chile." (1)

Al verle uno de los que custodiaban la puerta, le dijo cortesmente:

(1) Mariño de Lovera.

- Dios os guarde don Cristóbal.
--I a vos, respondió Morales.
--¿Buscáis al coronel?
--Sí que le busco, seor soldado, i gran merced me otorga^{ria}is si me permitiéseis verle, porque estoi de prisa.
--Entrad, pues.
--Gracias.

I Morales penetró hasta la estancia de don Luis de Sotomayor.

Hallábase éste de pié, apoyada la diestra sobre el pomo de su espada i la siniestra sobre una mesa, en actitud de dictar órdenes.

Era varonil i marcial su continente, su estatura proporcionada i su fisonomía llena de gravedad e intelijencia.

Sus soldados le querian i le respetaban por la bondad de su carácter i por su valor indomable.

Era, como hemos dicho, hermano menor del gobernador don Alonso.

--I bien, querido Morales, dijo dirijiéndose al que acababa de entrar; ¿siempre persistís en ir a la guerra?

--Sí, señor, i vengo a suplicaros me otorgueis vuestra vénia.

--Reparad bien, don Cristóbal, en el estado en que os encontráis: todavía no habeis curado bien vuestras heridas....

--La mas grave de todas ellas, señor, solo podré curarla con la sangre enemiga....

--¿Cómo?...

--Sí, señor, esa herida es la mas dolorosa i la mas cruel, por que ha sido hecha aquí, en el corazon.

--¡Ah! comprendo: estais enamorado i....

--Deseo vengarme.

--¿De vuestra dama? Reparad don Cristóbal en que eso no es propio....

--De ella nó, señor: de los que la asesinaron....

--¿La asesinaron?

--¡Sí, señor, la asesinaron cobarde i alevemente! ¡No tuvieron piedad de una débil mñjer, de una pobre niña!

--I sus asesinos ¿quienes son? Decídmelo, don Cristóbal, i os juro, por mi nombre, que se os hará cumplida justicia.

--Sus asesinos, señor, son los enemigos de Dios i de Su Majestad: los indios araucanos....

--¡Ah!

--Ellos la mataron. Favorecidos por las tinieblas de la noche i arrastrándose como serpientes, se aproximaron a Cañete, cuya guarnicion se hallaba entregada al reposo. Uno de los centinelas fué muerto ántes de dar la voz de alarma a sus compñeros. Cuando éstos despertaron sobresaltados con el ruido i se aperci-
bían para el combate, los indios tomaban vergonzosamente la fuga llevándose algunos cautivos.

La desgraciada i hermosa hija del capitán Vargas, doña Ines, que salía en esos aciagos momentos a la puerta de su posada para enterarse de lo que sucedía, fué arrebatada por los paganos i conducida quién sabe a dónde.

Al amanecer del siguiente del día, cuando los nuestros seguían la pista de los asaltantes, apareció el cadáver de doña Ines, horriblemente ensangrentado, en la falda de la montaña vecina. . . .

—Pues bien, don Cristóbal, razón teneis para ir a la guerra, dijo don Luis de Sotomayor. Partid i que el cielo sea en vuestra ayuda.

IV.

El gobernador don Alonso de Sotomayor se hallaba en *Gualqui*, punto situado en el territorio araucano, con toda su jente de guerra.

Habiendo determinado emprender una nueva i decisiva campaña contra los indios, hizo nuevo nombramiento de oficiales. En lugar de su hermano don Luis, que partía para España a dar cuenta del estado de las cosas de Chile i solicitar nuevos socorros, dió el oficio de coronel a Francisco del Campo. Para reemplazar a éste nombró de maestre de campo al sarjento mayor don Alonso García Ramon, señalando en su lugar a Tiburcio de Heredia, i a Campo Frio de Carvajal por alférez jeneral de su ejército.

Organizadas las fuerzas de esta manera, salió a campaña por las tierras de *Guadaba* i *Mareguano*, en donde hizo "admirables suertes en los indios." (1)

"Como se pasasen algunos dias sin haber un indio a las manos para saber dél donde estaba el campo contrario, salieron cuatro soldados a correr las haldas de *Culirai* con deseo de topar alguno."

Uno de estos cuatro soldados era precisamente don Cristóbal de Morales. Impaciente de medir sus armas con los indios i deseoso de tomar venganza de ellos, por la muerte de doña Ines, habia solicitado i obtenido el puesto mas peligroso del ejército.

La triste imájen de doña Ines no se borraba de su pensamiento.

Don Cristóbal creía verla, en medio de su desesperacion i de sus lágrimas, arrancada violentamente de su casa, en la oscuridad de la noche, para saciar en ella sus mas brutales apetitos, i despues le parecia contemplar, tendido sobre el suelo de la montaña, su cadáver pálido i ensangrentado! . . .

(1) Mariño de Lovera. Todo lo que sigue entre comillas es copiado de este cronista.

¡El pobre Morales sufría atrocemente con este recuerdo!

Este pensamiento le despedazaba el corazón.

Había amado a Ines con locura i la había dado palabra de esposo.

Morales se separó de sus tres compañeros i emprendió solo la subida del Catirai, por una de sus faldas.

Iba talvez entregado a sus tristes recuerdos.

De repente sintió que su corcel se detenía espantado.

Echó la vista a su alrededor i, en el fondo de una quebrada próxima, divisó a un indio que se ocupaba en desollar un caballo para hacer de sus nervios cuerdas para su arco.

Morales dió un brinco sobre su silla, i clavando espuelas se puso brevemente donde ámbos pudieran oírse.

“Viéndole el indio tan cerca, le dijo:

— “¡Apéate, perro, de ese caballo.”

Al oír este apóstrofe don Cristóbal sintió que la sangre le afluía al corazón.

El indio agregó:

— No temo tus armas, pero tampoco quiero tener ventaja alguna sobre tí. En este terreno no se puede pelear a caballo, i fuera cobarería de mi parte no advertírtelo.

— “¿I no tienes vergüenza, perro, de ponerte delante de mí que soi Morales, el español?”

— “¿I tú no tienes vergüenza de hollar mi tierra i pasar por delante de mis ojos, ni aun por distrito de mi patria, siendo yo vivo? ¿No sabes tú que yo soi maestre de campo de toda esta tierra, i me llamo Mellinango, que quiere decir *cuatro leones*?”

“Oyendo esto Morales se bajó del caballo e hincando la lanza en tierra, lo ató en ella de las riendas i partió para el indio, poniendo mano a su espada.”

Aquel indio le causaba un furor indescriptible; la sangre hervía en sus venas al escuchar sus palabras insolentes, pero lo que hizo estallar su cólera fué una rápida idea que cruzó por su mente al oír el nombre de Mellinango.

Mellinango se llamaba el cacique que dirigió el asalto sobre Cañete. ¡Mellinango había sido el asesino de Ines!...

“Ya el indio había tomado su lanza que era de treinta palmos i la tenía terciada de suerte que llegando el español a tiro hizo un bote con ella, con que lo pasara de banda a banda, si el soldado no fuera tan diestro en rebatirlo con la espada, desviándose tan lijaramente, que le ganó la punta de la lanza, i cerró con él tirándole una estocada que fué como dar en peña porque la defendió un peto de cuero crudo que traía, i siendo todo en un pensamiento se abrazaron los dos con grande furia, excediendo el indio por mas de tres dedos de cuerpo al español que era bien alto i fornido.

“I pareciéndole al bárbaro que él estaba mas suelto se dejó caer por la ladera llevando aferrado al español, i así fueron ro-

dando abrazados los dos mas de cuarenta estados hasta un lugar que era algo llano, sin dejar el indio la lanza por mas vueltas que daba.

“I quiso su ventura que acertase a caer sobre el cristiano, mas como no tuviese instrumento acomodado para matarlo, le echó un bocado en la garganta, aferrando los dientes en ella tan tenazmente, que ya el otro echaba la lengua de fuera i estaba agonizando.

“Pero, con las ansias de la muerte, extendió la mano i sacó un cuchillo que traia metido entre la pierna i la bota (como es costumbre) i con él dió siete puñaladas al indio por la barriga dejándole muerto i quedando él tan aturdido, que no acertaba a quitarlo de sobre sí.”

“Conocéí yo a este soldado, agrega el cronista de donde hemos copiado la última parte de esta aventura, i ví las señales que traia i trae hasta hói de los dientes que le clavó el indio.”

Cristóbal de Morales habia comenzado a vengar la muerte de doña Ines.

Mellinago su raptor i asesino habia dejado la vida entre sus manos.

J. RAMON BALLESTEROS.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

INTRODUCCION.

Voi a narrarte con afan prolijo,
Benévolo lector, una leyenda,
I ¡quiera el cielo que te agrade tanto
Que no te cansé la lectura de ella!

Corria el año de ochocientos cinco
Sin que nada notable aconteciera,
A no ser el principio de mi historia
Que en agosto de ese año es cuando empieza.